

filosofía actual renuncia de antemano a entablar un diálogo con una fe viva» (p. 265), fe que esta filosofía tacha de misticismo irracional. Si antes se ha esforzado por mostrar la compatibilidad de cultura y fe, ahora se vuelca sobre la compatibilidad de fe y razón.

Asistimos aquí a un despliegue apabullante de energías filosóficas, en el que Inciarte recupera y vuelve a pensar temas presentes en toda su trayectoria filosófica. Así sucede con el análisis del principio de tercio excluso y el principio de no contradicción, base para una deducción trascendental de las categorías que dilucide la diferencia y relación entre sustancia y accidentes, y la necesidad de aceptar varias sustancias (holismo sustancial) frente a la idea de una *única* sustancia respecto a la cual todo lo demás sería accidente (holismo total). Reflexiones que vuelven a poner sobre la mesa la dialéctica entre realismo e idealismo, haciendo dialogar a Aristóteles con Hegel. Para Inciarte, la clave está en comprender que, «dentro de los muros de la fi-

losofía [...], el holismo sustancial deja un portillo abierto a la fe, [...] mientras que el holismo total, por definición, mantiene ese portillo cerrado» (p. 208). Para los objetivos que Inciarte se propone, basta con que quede ese portillo abierto, es decir, basta con *mostrar las alternativas*.

No es posible terminar la reseña de este libro sin hacer referencia a su estilo. El libro de Inciarte es, antes que nada, un ensayo, un texto escrito con un estilo personalísimo que mezcla magistralmente los registros narrativo y académico. Para no contradecir al autor cuando dice que «nada en el mundo [...] es perfecto» (p. 57), diremos que la transición entre ambos registros roza la susodicha perfección. Estamos, en fin, ante una reflexión viva cuya originalidad, profundidad y fluidez, cuya atención al cómo tanto como el qué, pueden cautivar y fascinar a más de uno, incluso a los que desconozcan el grueso de la obra de Inciarte.

Enric FERNÁNDEZ GEL

---

**José Ángel LOMBO y José Manuel GIMÉNEZ AMAYA**, *Biología y racionalidad. El carácter distintivo de lo humano*, Pamplona: Eunsa («Astrolabio», Serie: Antropología y Ética), 2016, 196 pp., 11 x 18, ISBN 978-84-313-3154-2.

Desde hace algunas décadas la Antropología filosófica ha tomado conciencia de que para dar cuenta cabal de la identidad del hombre no puede prescindir de su dimensión corporal, y por consiguiente, de la biología. Ciertamente esta sola no basta para comprender en su globalidad al hombre pues prescinde de lo distintivo suyo: la racionalidad. Sin embargo, una antropología que se construya al margen del dato biológico tenderá a darnos una imagen del hombre desencarnada, y en última instancia, distorsionada. Desde esta perspectiva

se advierte que el hombre resulta ser un campo de juego óptimo para el diálogo interdisciplinar, entre el mundo de la ciencia y el mundo de las humanidades. Este diálogo no siempre resulta fácil, pues ambas visiones tienden a proporcionar explicaciones cerradas: o bien una visión materialista del hombre, o bien una visión «desarraigada» del hombre con respecto al mundo natural. En otras ocasiones, el diálogo interdisciplinar se acaba reduciendo a una mera yuxtaposición de datos biológicos y filosóficos: el resultado de este fallido diálogo es una ima-

gen dualista del hombre, un ser escindido entre un mundo físico (sometido a las leyes físicas y biológicas) y un mundo del espíritu (ajeno a su constitución somática).

El libro que ahora se reseña tiene el mérito de abordar frontalmente el punto de conexión entre la biología y la racionalidad: se trata de un fruto maduro del diálogo que los autores del libro han sostenido a lo largo de estos últimos años, uno desde una perspectiva más estrictamente filosófica (Lombo); el otro desde una formación científica (Giménez Amaya). El producto resultante es ciertamente esperanzador para el futuro de una antropología filosófica de corte interdisciplinar.

La idea central que vertebra el desarrollo del libro es que la biología dispone a la racionalidad tanto en su constitución como en su desarrollo. En el primer capítulo se abordan los fundamentos antropológicos de la corporalidad del hombre. El cuerpo es inseparable del yo, pero al mismo tiempo el yo trasciende el cuerpo. El cuerpo es la mediación necesaria con el mundo: nos sitúa en el espacio y en el tiempo, entre la interioridad y la exterioridad. Por otro lado, el cuerpo tiene un carácter sistémico, o más precisamente, orgánico tanto en el plano estructural como dinámico, donde sobresa la intencionalidad ya desde los niveles básicos de la vida vegetativa.

El segundo capítulo trata del desarrollo biológico y psicológico del ser humano desde un enfoque diacrónico. Se analiza así la cronología del desarrollo del sistema nervioso desde los primeros estados (prenatal y posnatal) hasta el desarrollo neuronal y psicológico del adulto. El tercer capítulo expone de manera sucinta pero profunda la interrelación entre biología y psicología desde el punto de vista sincrónico, subrayando los rasgos distintivos de la corporalidad humana. En primer lugar, la bipedación que se encuentra conectada esencialmente con una serie de rasgos morfológicos que manifiestan la racionalidad

de manera sistémica: ampliación del movimiento espacial; la liberación de las manos (que pasa a ser instrumento de la inteligencia); la configuración del rostro, resultado de una determinada configuración craneal y cerebral (con una organización específica de los huesos de la cara, distinta al hocico animal). De esta manera el rostro adquiere un alto valor simbólico-expresivo que permite la comunicación gestual con sus semejantes, un anuncio de la fuerza comunicativa del lenguaje humano, más rico y complejo que la mera transmisión de información meramente animal. En el lenguaje se da un fenómeno de retroalimentación, ya que por un lado el lenguaje es posible por la configuración cerebral, a su vez, el desarrollo del lenguaje hace posible el desarrollo de las redes neuronales.

En el cuarto capítulo se describen y analizan los límites de la unidad de la corporalidad personal: envejecimiento, enfermedad y muerte. Todo esto configura otro rasgo distintivo del ser humano: su vulnerabilidad y dependencia. Sin embargo estos atributos no representan una pura negatividad. La dependencia del hombre con respecto a sus semejante dota de una especial fortaleza y riqueza a la naturaleza humana que no lograría desarrollarse plenamente si su grado de autonomía fuera mayor. En palabras de MacIntyre el ser humano es un «animal dependiente», un ser «esencialmente necesitado», lo que posibilita la cooperación, la solidaridad y la compasión, virtudes con las que se superan las leyes del triunfo del más fuerte. Nos hacemos fuertes, precisamente en nuestra debilidad solidariamente compartida.

En el epílogo del libro se afirma: «Una conclusión general de estas reflexiones es la necesidad de comprender la unidad psicobiológica del viviente racional en su propio dinamismo» (p. 176). De esta manera se anuncia ya una investigación ulterior: la acción humana desde una perspectiva interdisciplinar.

## RESEÑAS

El enfoque filosófico de este texto ayuda a integrar una visión clásica de la biología filosófica de corte aristotélico, con las nuevas perspectivas de las neurociencias y planteamientos fenomenológicos. Por otro lado, la bibliografía, sin ser exhaustiva ni

abundante, resulta suficiente para mantener el rigor académico, junto a una exposición que podríamos calificar de alta divulgación.

José Ángel GARCÍA CUADRADO